

La luz que nunca debe apagarse

Édgar es mi mejor amigo. Podría pasar toda la vida hablando de sus virtudes, pero la que más me cautiva es su inmensa bondad y las ganas de hacer cuanto puede por abonar a esta sociedad y sus valores perdidos.

Édgar ama a los perros. Hace varios meses, trabajaba en un restaurant-bar. Su hora de salida era a las dos de la mañana y en su largo camino para llegar a casa, se encontraba curiosos grupos de perros sin hogar, divagando por las calles, ávidos de alimento y de alguna señal afectuosa de los paseantes. Édgar no dudaba -quizá era lo que más amaba de su empleo- en hacer pausas en su caminata y detenerse a acariciar a cada una de esas peludas *cabecitas* que no solo le recibían con colas agitadas y barrigas dispuestas a ser frotadas, sino también con miradas llenas de gratitud.

Consecuencia de su desamparo, era la hambruna que afligía a aquellos *animalitos* y a Édgar le angustiaba. Tuvo una idea: todos los días en el bar se desechaban bastas cantidades de alimentos que los clientes no terminaban en su visita al negocio y que, con tristeza, era él mismo quien se encargaba de desecharlos en las gigantes bolsas de basura. En aquel momento, asimió un propósito para ellos. Llevaba al trabajo todos los días una bolsa que contenía alimento para perro y, al final del día, las mezclaba junto con aquellos restos que aún podían servir, en especial para aquellos que no tienen nada de qué alimentarse. Al regresar a casa, en su camino encontraría a los *lomitos*, pero esta vez tendría algo más que solo una ansiosa caricia para obsequiarles.

Supe de lo mucho que le motivaba poder hacer algo por ellos cuando me lo contó con sus enormes ojos llenos de luz y vigor, en parte debido a su extraordinario cariño por estos animales y, junto con el relato de esos encuentros nocturnos, me hablaba del afán que tenía ya de iniciar su jornada para reencontrarse con ellos, dándole mínima importancia a los esfuerzos que eso implicaba, como el trato con clientes tediosos o su malhumorado jefe.

Cuando Édgar tuvo que abandonar su empleo en el bar, sabía que, mucho antes que su situación financiera a su preocupación venía el abandono de aquellos *lomitos*. Me di a la tarea de conseguir un costal de alimento para perro y una de aquellas tardes de noviembre, en los que el aire corre frío pero apetecible para nosotros los costeños, salimos a suministrar, empezando por mi vecindario, alimento a los perros sin hogar que rondaban por ahí. Hicimos algunas bolsas y las dejábamos en algunas esquinas, pero jamás se

comparaba con la sensación de verlos correr hacia ti. Nos observaban como una gota de esperanza en este desierto colmado de indiferencia.

Édgar halaba el costal sobre una carretilla de carga; yo daba de comer a los perros, turnándonos de vez en cuando las tareas. Jamás vi miradas tan ávidas de cariño y cuidado, que suplicaban por el cobijo de un hogar y un amigo que les brindase amor. Esa era precisamente nuestra recompensa, aquel sentimiento en que la ayuda se vuelve amena y te envuelve en aires de satisfacción. Con el paso del tiempo, las tardes de “suministro” se volvieron una tradición para Édgar y para mí; y aun hoy, es una actividad que realizamos con frecuencia.

Creo que la luz que hay dentro de Édgar es demasiado brillante para permitir que se apague. Incluso si la chispa no inicia en nosotros, nuestro deber humano es mantenerla encendida, esperando algún día calentarnos con su reconfortante calor.

George